

De la vocación al oficio. Conferencia de François Dubet.

GRACIELA MISIRLIS *

La preocupación por la forma que adquiere la mediación social que efectúa el sistema educativo y su traducción en posibilidades de accesibilidad al conocimiento y al mundo del trabajo fueron los ejes de la Conferencia a cargo del reconocido sociólogo François Dubet, organizada por la Universidad Pedagógica de la Provincia de Buenos Aires (UP), la Confederación General del Trabajo de la Argentina (CGT) y el Centro Franco Argentino de Altos Estudios de la Universidad de Buenos Aires.

Dubet, quien fue presentado por Roberto Palma, rector de la UP, postuló la hipótesis de la mutación del proyecto educativo moderno sustanciado en la encarnación de valores cambiantes por parte de la institución escuela, los que son asumidos por la tarea docente que se transforma a la par del modelo. La vocación que inicialmente definió la docencia se convierte así en profesión necesaria para superar las adversidades de la relación pedagógica. La forma escolar y el modelo de socialización que desde el siglo XIX y hasta la primera mitad del siglo XX le permiten a la escuela ejercer la formación masiva de individuos se caracterizan como un programa institucional, término que toma en su sentido informático. Este programa tiene una estructura estable de la información pero sus contenidos —de los cuales es bastante autónomo— pueden variar de manera in-

finita. Lo define por cuatro grandes características independientes de las ideologías escolares transmitidas: 1) valores y principios fuera del mundo: es decir, está determinado por un conjunto de principios y de valores caracterizados como sagrados, homogéneos, fuera del mundo y sin necesidad de ser justificados. 2) La vocación: la trascendencia del programa determina a sus profesionales por su vocación y no por su formación. La legitimidad del docente desde una perspectiva weberiana es carismática, su autoridad se funda en principios y valores sagrados, se los respeta en tanto representante de principios superiores, lo que le otorga prestigio y autoridad. 3) La escuela como santuario se identifica con los principios de fuera del mundo, sus programas son ante todo escolares, en los que los conocimientos más teóricos son los más valorizados, contrariamente a los saberes útiles en lo social que se reservan para los alumnos menos dotados y menos favorecidos socialmente. Los padres confían sus hijos a la escuela sin inmiscuirse, como forma de preservar la igualdad. 4) La socialización es también subjetivación: la sumisión de los alumnos a una disciplina escolar racional engendra la autonomía y la libertad en ellos, interiorizándolos en los principios fundamentales de la fe, la cultura y la ciencia.

Es así como las escuelas religiosas y republicanas han compartido el



Conferencia
de François Dubet
Sala Felipe Vallese - CGT
27 de Octubre de 2008



mismo programa percibido como liberador, a pesar de estar basado en un sistema de creencias y disciplinas. Ahora bien, este programa con el que la modernidad sostuvo sus propios principios en los últimos 30 años ha declinado. La legitimidad de su cultura y de los principios sustentados se han debilitado y con ellas el monopolio cultural de la escuela. Si durante mucho tiempo se pensó que masificación y democratización eran equivalentes, toda la experiencia reciente muestra que ambos fenómenos están lejos de ser idénticos.

El formato escolar se encuentra en competencia con culturas que seducen a niños y adolescentes. A esto debemos sumar que los muros del santuario son erosionados progresivamente con la llegada de los nuevos alumnos que no son los herederos ni los buenos alumnos de antaño, y que importaron los problemas de los que la escuela había estado ampliamente protegida: los problemas sociales y los de la adolescencia.

La masificación lo es también de la producción de diplomas que se traduce en la construcción de mercados escolares; los títulos se hacen indispensables para entrar en la vida activa, sus actores desarrollan conductas más utilitaristas y los docentes deben demostrar competencias y eficacia profesional. El magisterio se hace más profesional, alargándose la formación pedagógica. El antiguo modelo de formación se ve desestabilizado y la relación pedagógica se convierte en un problema porque su personal superior ya no es estable, y por la variación cualitativa del alumnado de todos los niveles. El trabajo del docente y el del alumno es mucho más incierto y difícil. En la medida en que el cumplimiento de roles profesionales ya no es suficiente para hacer su parte del trabajo, ambos necesitan comprometer cada vez más su personalidad.

La escuela pierde su encantamiento y la educación ya no genera confianza. Maestros y alumnos están

implicados en experiencias múltiples muy alejadas del imaginario construido por el programa institucional durante los siglos pasados. Los profesores tienen la sensación de ser perdedores, a pesar de que la educación escolar nunca ha tenido tanto peso en la vida de las sociedades y en el destino social de los individuos como ahora. Los alumnos son considerados como cada vez más libres para alcanzar los objetivos escolares sin más barreras que su propio mérito.

La decadencia del programa institucional escolar es vivida por los propios actores como una larga crisis que porta demandas contradictorias: éxito y rendimiento de los alumnos, eficacia social de las carreras, plenitud de los individuos, respeto de sus culturas y apertura hacia el mundo. Esto hace necesario que desde un compromiso intelectual rompamos la representación de la escuela en términos de crisis, mostrar que ya no puede ser lo que era. Sin embargo, la escuela sigue cumpliendo un papel propio en la formación de los individuos que le son confiados. Una buena escuela permite a cada uno construir su propia experiencia de formación, sin destruir a los sujetos sean cuales fueren sus rendimientos y oportunidades de éxito.

Alberto Sileoni, Secretario de Educación de la Nación, coincidió en los planteos y expresó que el trabajo del docente es ejercido en soledad y que el Estado tiene que hacerse más presente. Acordó con la presencia de nuevos actores en el sistema educativo, pero sostuvo que debemos tener la confianza de que todos pueden llegar, que hoy aunque las tasas de egreso son bajas presenciamos la llegada a los niveles secundario y terciario de primeras generaciones.

Por su parte, Mario Oporto, Director General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, tuvo a su cargo el cierre de la conferencia. Rescató el lugar inclusivo de

la escuela en la crisis que el país vivió en el año 2001, y agregó que la masificación nos pone frente a la discusión del presupuesto y al desafío no sólo de abrir oportunidades de educarse desde el nivel inicial al secundario, sino también de posibilidades concretas y materiales de que el alumno permanezca y egrese de la escuela.